
CAPITULO V.

Armonía del culto de la Virgen en sus relaciones con las diversas condiciones de la vida humana.

Es una propiedad maravillosa del culto de la Virgen el adaptarse á todas las situaciones y á todas las condiciones de la vida humana, hasta el punto de que al propio tiempo, que es todo lo que hay mas general y mejor hecho para operar sobre las masas, se distribuye y se aplica á todas las categorías de existencias que las componen, como si solo fuera hecho para cada una de ellas en particular. Es el culto de todos y el culto propio de cada uno. Por él, el Cristianismo se particulariza sin dejar de ser colectivo; toma cada personalidad por lo que la distingue y la une al cuerpo sin absorberla en él. Es el carácter y el oficio de la madre en la familia. Carácter admirable, que justifica el culto de la Virgen por el servicio mas eminentemente cristiano y religioso, el de volver á unir todos los miembros con la Cabeza, como la Cabeza vuelve á unir todo el cuerpo con Dios.

De esta manera es el culto de la Virgen el culto propio de la mujer y el culto propio del hombre; el culto propio de la infancia y el culto propio de la juventud; asimismo el de la edad madura y el de la vejez; el culto propio del sencillo y del ignorante, y el culto propio del docto y el del sábio; el culto propio del justo y el culto propio del pecador; el culto propio del religioso y el culto propio del seglar; el culto propio del

pueblo y el culto propio del soberano; finalmente, el culto propio de cada nacionalidad y el culto propio del género humano.

Esta tesis es tan importante como incontestable. Ella se prestaria á infinitos desarrollos, y su enunciacion sola basta casi para su justificacion. Pocas palabras bastarán pues para hacerla admitir, dejando á cada cual el placer de examinarla y seguirla en todas sus aplicaciones.

I. Diremos, en primer lugar, que el culto de la Virgen es el culto propio de la mujer y el culto propio del hombre.

En efecto, nadie negará que sea el culto propio de la mujer. Lo que honramos en María, es efectivamente la mujer, en el papel opuesto que ejecutó al principio, recobrando del enemigo del género humano la ventaja que se habia dejado tomar, y distinta del hombre por una iniciativa de reparacion que es tan propia de su sexo como lo habia sido la iniciativa en la culpa. Aun es mas; porque la reparacion ha tenido efecto en María por una operacion mas exclusivamente propia de su sexo que el hecho de la caida, por una operacion de *Maternidad*, y por el privilegio de una *Virginidad* que reporta de esta maternidad un carácter de prodigio que redundo en honor particular de la mujer. Luego á la mujer como mujer, es á quien honramos superiormente en María, como reparadora y modelo de su sexo en todos sus estados de Virgen y de Madre, y por sus virtudes pertenecientes á su temperamento y vocacion: la modestia, la dulzura, la discrecion, la resignacion, el silencio, el oscurecimiento, el anonadamiento, en una palabra, lo que hay mas reservado, mas oculto, mas femenino entre las mujeres. «Venid, pues, dice San Agustin, venid, vírgenes, á la Virgen; venid, vosotras que concebís, á Aquella que ha concebido por escelencia; venid, madres, á la Madre; venid, vosotras que dais de mamar, á Aquella que ha dado de mamar; doncellas candorosas, venid vosotras tambien á encontrar en ella á la *Doncella*. Asi es como la Virgen María ha tomado en Nuestro Señor Jesucristo todos los estados de su sexo para prestar auxilio á toda mujer que recurriera á ella, y para reparar, como nueva Eva, todo el sexo de las mujeres, asi como

el sexo de los hombres lo fué por el nuevo Adán, Jesucristo Nuestro Señor (1).»

Hemos tenido que insistir recordando todos los caracteres del culto de María, que componen el culto propio de la mujer, y que es, por otra parte, el culto propio del hombre.

Lo es, en efecto, hasta hacer creer que sea aun mas el culto del hombre que el de la mujer.

Y en verdad, como hemos dicho, la Religion está ordenada sobre la naturaleza, para repararla sin trastornarla, para hacer de ella la enseñanza celestial. Todo lo que hay, pues, de mas *fundamental* en la naturaleza, está tomado como sugeto y como medio de su gracia. Ahora bien, la influencia de un sexo sobre el otro es lo mas propio que hay de la naturaleza humana; no solamente en cuanto á la relacion de la reproduccion humana, sino tambien en cuanto á las relaciones intelectuales, morales y sociales que distinguen nuestra especie. Esta influencia se encuentra de nuevo en todas las relaciones del hombre y de la mujer, y es recíproca. A mas del matrimonio, hay union entre los dos sexos en todas las situaciones de la existencia humana. Ya de la madre con respecto á los hijos, ya de las hijas con respecto al padre, ya de los hermanos, etc. Los dos sexos se inclinan el uno hácia el otro por una simpatía recíproca que proviene de su diferencia.—Esto es cierto hasta tal punto, que cuanto mas sea mujer una mujer, mas influencia tendrá en el hombre, y recíprocamente.

Conocido esto, todo cuanto hemos dicho para consignar que María es la mujer por excelencia, y que bajo este título es su culto propio de la mujer, consigna, que quizá es aun mas propio del hombre. Y nada es mas cierto: Dios ha querido que fuese así, aun en vida de María. No obstante ser Virgen, ella es encomendada, no á una mujer, sino á un hombre, que la honra con el culto de proteccion, de respeto y de casta fidelidad; á José. Muerto José, Ella no se retira á vivir con una mujer, sino que es su Divino Hijo Jesus solo quien continúa hasta los treinta y tres años honrándola con

(1) Sermon De Ortu veritatis e terra Virgine, 15 de Tempore.

su sumision, y consagrándola, y consolidando esta relacion que queria establecerse entre su Santísima Madre y el sexo del hombre. Durante la vida Apostólica de Jesus, ¿con quién nos representa el Evangelio mas frecuentemente á María, sino es con su parentela masculina, con los *hermanos* ó primos de Jesus? A su muerte, este Divino Hijo no encomienda su Madre, ni á Marta ni á María, cuyos homenajes y servicios recibia El con tanto gusto; nó, la separa de estas Santas mujeres, y crea espresamente para Ella un hijo en un hombre, su Discípulo querido, en compañía del cual acabó Ella su vida, influyendo en él y por él en la Iglesia con toda su gracia de Madre de Dios, hecha Madre de los hombres. Finalmente, á su muerte y á su dichosa Ascension, ¿de quién recibe, segun la tradicion, las primeras oraciones en la tierra? De solos los Apóstoles venidos de todas partes, que acudieron á aclamar en ella á la Reina de los Apóstoles, así como lo era de los Profetas y de los Patriarcas, desde el origen de los tiempos.

Lo mismo acontece en lo sucesivo. Los hombres se nos aparecen siempre mas solícitos que las mujeres en honrar á la Virgen y en preconizarla. Ya lo hemos visto en aquella sucesion de Padres y de Doctores que se transmiten en cierta manera el privilegio de San Juan de custodiar y dar culto especial á María; San Ignacio, San Justino, San Ireneo, Clemente de Alejandria, Orígenes, San Arquelao, San Gregorio de Neocesárea, San Efrein, San Epifanio, San Ambrosio, San Gerónimo, San Agustín y todos los Padres de Efeso, San Ildelfonso, San Juan Damasceno, San Anselmo, San Bernardo, Alberto el Grande, Santo Domingo, San Francisco, Gerson, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Sales, el Cardenal Berulla, Bossuet: he aquí la Corte de María. Bien lo saben los artistas, y no se han equivocado sobre esto. Casi nunca se vé mujeres en las pinturas consagradas á María por nuestros principales maestros; siempre hombres al pié de su trono maternal; San Juan, ó San Gerónimo, ó San Francisco, ó San Agustín, que reciben de Ella como la leche de la mas pura doctrina, el Verbo hecho niño. Ellos han comprendido admirablemente que esta oposicion de sexos constituye una

de las mas ricas armonías de la naturaleza, de la gracia y del arte.

A consecuencia de la misma ley, se han declarado siempre mucho mas las órdenes religiosas de hombres por el culto de María que las de mujeres. No se encuentra Santo alguno que, á proporcion que se ha distinguido mayormente en santidad, no haya tenido una devocion tierna y filial á la Virgen; mientras que las mujeres mas santas, aun cuando atribuyen su santidad á la proteccion especial de la Virgen, como Santa Teresa (1), absorben frecuentemente su culto en el de Nuestro Señor (2). Los hombres, cuyo sentimiento es menos exclusivo, aventajan á la mujer hasta el punto de no haber lugar á la reciprocidad; sin profesar con menos fervor el culto del Hijo, como San Bernardo y San Francisco, por ejemplo, profesan además un culto fervoroso á María; y así conciben y sienten de un modo mas magnifico y completo el órden sobrenatural.

De esta suerte es el culto de la Virgen, en cierto sentido, el culto propio del hombre; asimismo es en otro sentido el culto propio de la mujer.

II. Sucede con las edades como con los sexos; el culto de María es el culto propio de las cuatro edades de la vida humana.

(1) Véase el capítulo primero de su vida.

(2) Madama Swetchine reconocia muy frecuentemente esta disposicion, que se encuentra en otras santas mujeres. «Desde que os he escrito, dice, he recibido el Sacramento de la Confirmacion. En él he tomado el nombre de Juana en memoria de San Juan Evangelista, hácia quien he sentido siempre una devocion particular. He estado vacilante entre este nombre y el de María; mas yo comprendo aun mejor al amigo de lo que puedo esperar comprender á la Madre, y ha vencido el primero.» *Madama Swetchine, su vida, etc.*, t. I., pág. 273 (primera edicion).—*Madama Swetchine*, como fervorosa católica, tenia sin embargo en el altar de su oratorio una estatua de plata de la Virgen, cuyo zócalo estaba adornado con la cifra en diamantes, que ella llevaba cuando era dama de honor de la emperatriz María.

Es evidetísimo que es el culto propio de la infancia, porque se halla en cierto modo vaciado en ella. El niño no conoce en el mundo, durante mucho tiempo, mas que á sí mismo y á su madre. Este es todo el horizonte que él alcanza. Por esta relacion del niño y de la madre, es por la única por cuyo medio se le puede elevar al conocimiento de Dios. El culto de la Virgen María y del Niño-Dios es por lo tanto apropiado admirablemente á la necesidad de la infancia. Sin él, la primera educacion del hombre estaria privada de lo que debe ser su primer fundamento, la Religion; por él es iniciada desde un principio en toda Religion.

Mas, ¿cómo puede semejante culto convenir á las otras edades de la vida humana? Por el mero hecho de ser tan bien apropiado á las necesidades de la infancia, debe, al parecer, desaparecer con esta para hacer lugar á un culto mas viril, y no puede convenir igualmente al jóven, al hombre, al anciano.

No contestaré, con lo que he dicho en otra parte, que el hombre es en lo relativo á las cosas de Dios y á la vida superior de la gracia, siempre niño, y está siempre naciendo en el mundo, y que aun es algunas veces tanto mas niño, cuanto mas edad tiene; y en su consecuencia, siempre reclama una madre, porque esto no seria bastante especial y determinado.

Pero sí diré, que el culto de la Virgen es, en primer lugar, el culto *propio* de la juventud, como si solo se hubiera establecido para ella, en cuanto que es el culto de la pureza, de la castidad, que nunca se opondrá lo suficiente al primer impulso de los sentidos para contener ó regularizar su ardor. En las tempestades tan frecuentes, en este *Cabo de Buena-Esperanza* de la vida, ¿cuántos naufragios no se ven conjurados por esta *Estrella de la mar*, cuya virginal influencia previene ó reprime el embravecimiento de las olas! ¿Qué de inocencias se han salvado ó reparado con la proteccion de María! ¿Para cuántos peligros no han sido puerto sus altares! ¿Cuántos destinos hubieran ido á pique que han sido sostenidos ó arrancados de los escollos por su poderosa mano, y que han bogado hácia los continentes de la virtud y del honor, bajo el soplo purificador de su santidad!

Mas doblado este *Cabo*, en la edad madura de la vida en que el hombre hace fortuna y multiplica su existencia con sus intereses; en que pasa á ser gefe responsable de la familia; en que se lanza á los empleos y negocios; en que vuelve como un navío cargado de oro y de mercancías; en que se prepara sucesores de su nombre y de su honor en sus hijos, y en que presenta tantas fases á las desgracias y á los reveses de la fortuna, en aquella edad de los *ex-voto*, ¿qué culto mas á proposito para salvar tantos intereses, y cumplir tantas obligaciones como este culto de María, de la que *jamás se ha oido decir que haya sido abandonado ninguno de los que se han puesto bajo su proteccion, ó que han reclamado su asistencia?*

Finalmente, la vejez. ¡Ah! ¡Cuán bien instituido está para ella el culto de María! Esta segunda infancia reclama á la mujer lo mismo que la primera. Pero las mas veces ha desaparecido la mujer, y el anciano, aislado, abandonado, busca vanamente en torno suyo este flexible apoyo, tanto mas necesario en tal edad, cuanto que es mayor su necesidad. Esto es lo que obtiene con el culto de la Virgen María. En este invierno de la vida, marchito y helado el corazón, encuentra al pié de los altares de María un refugio, al mismo tiempo que un foco, y como una nueva juventud. Purifícase y renace como el fénix, en el brasero de aquella caridad virginal, de donde burlando la tumba, toma su vuelo hácia las celestes alturas.—En esto, sobre todo, es en lo que el culto de la Virgen sirve de auxilio á la vejez para desprenderla de la vida y hacerle dulce el paso á la eternidad.

Quien mas semeja á los muertos,
Muere mas á su pesar,

ha dicho exactamente el poeta. En tal estado es cuando deja ver toda la existencia pasada, el fondo de la miseria humana y sus faltas acumuladas, cuya responsabilidad pesa sobre la conciencia del anciano. Lo que él entonces necesita, es el sentimiento profundo de la divina misericordia, tal como nos la muestra el Evangelio en el Salvador Niño, que fué recibido de manos de María por el anciano Simeon, á quien

inspiró la alegría de dejar la vida y cantar su *Nunc dimittis...*

Así pues, el culto de María es propio de cada edad, así como de cada sexo.

III. Es tambien propio de cada estado de la inteligencia, tanto del sencillo y del ignorante, como del docto y del filósofo.

La primera parte de esta proposicion se halla admitida por todos.

Por lo comun, hasta se relega el culto de la Virgen á la gente sencilla y de poca instruccion. Y en efecto, si se quitara este culto á las dos terceras partes de la especie humana, no tendria á donde acogerse para elevarse á Dios; pero los mas pobres de espíritu se encuentran iniciados por María y Jesus Niño en la ciencia celestial. ¿Y quién no admirará la divinidad de la Religion en la propiedad del culto de María, de iniciar á los sencillos en la ciencia de Dios, cuando sepa que este mismo culto es al propio tiempo el medio mas poderoso por el que pueden el filósofo y el doctor elevarse á los mas altos misterios de esta ciencia?

Esto es lo que en el enajenamiento de su talento cantaba San Anselmo cuando decia á María:

Generans perennem lucem
Et inaccessibilem,
Sophorum super ascendens
Omnium scientiam;
Animarum tu sanctarum
Splendor et prudentia.
Sacrarium Spiritus sancti,
Ora pro nobis (1).

Madre de la eterna é inaccesible luz, que aventajais en elevacion á la ciencia de todos los filósofos; vos sois el esplendor y el talento de las almas santas. Sagrario del Espíritu Santo, rogad por nosotros.

Si tenemos por el Cristianismo un conocimiento filosófico de Dios, mas sublime, y al mismo tiempo mas práctico, no es porque nos haya dado el Cristianismo directamente tal conocimiento de Dios. Dios se ha dado á conocer á nosotros, no

(1) Himno á la Virgen, citado en el tomo I de esta obra, página 329.

en sí mismo y en el Cielo de los cielos, sino en su Verbo y en el Cielo de la tierra, que es María. El *punto visual* por el que se ha puesto Dios al alcance de nuestra vista, está en la humillacion, en el anonadamiento del Verbo. De lo contrario, ¿por qué habia de humillarse? ¿Por qué habia de anonadarse? En su anonadamiento, pues, es donde mas se dá á conocer. ¿Cuál es, pues, la *sede* de este anonadamiento, y por consiguiente de este conocimiento, si no lo es María?—Si quereis estudiar á Dios en sí mismo, seguramente podeis hacerlo, y yo os invito á ello; pero, además de que cuanto asi descubrais será en gran parte una reminiscencia del Cristianismo, llegareis á un resultado inferior al mismo Cristianismo, es decir, á la nocion de Dios en Jesucristo.—Si quereis tambien estudiar á Jesucristo en sí mismo, podeis igualmente hacerlo, y por aquí llegareis á un conocimiento de Dios, superior al teísmo: mas, por superior que sea este conocimiento, aun será inferior al que obtendreis si estudiáis á Jesucristo en María, como habeis estudiado á Dios en Jesucristo. Así debe ser, si es verdad que la Sabiduría eterna no hace nada sin razon y motivo, y si no carece de razon ó motivo el haber ella querido manifestarse al mundo por medio de María.

Por lo demás, se puede comprender esta funcion *científica* de María. En el anonadamiento del Verbo es, según hemos espuesto ya en la *Virgen María y el Plan divino*, donde brillan todos los atributos de Dios en un grado inimaginable á todo pensamiento humano; su *Santidad*, que le hace rechazar toda clase de víctimas y oblaciones, y que hace decir á su Hijo: ¡HÉME AQUÍ, *oh Dios, para cumplir tu voluntad!*—Su *Justicia*, que le hace exigir esta Víctima infinita como la única espacion del pecado;—su *Amor*, en lo *mucho que ha amado al mundo hasta dar á su propio Hijo*;—su *Grandezza*, que reclama para pontífice de la adoracion que le deben todas sus obras á un Dios como El;—su *Poder* que, desde el anonadamiento mas profundo á que se ha reducido este Dios pontífice y víctima, lo eleva en la humanidad que ha tomado para este objeto, hasta hacer que *se doble toda rodilla ante El en el cielo, en la tierra y en los infiernos*. Finalmente, su *Sabiduría* en la maravillosa correlacion de su *Poder*, de su *Grande-*

za, de su *Amor*, de su *Justicia*, de su *Santidad*.—Pues bien; todos esos atributos de la Divinidad que la revelan á un grado que el mismo cielo no conocia, solo se ostentan y brillan porque EL VERBO SE HIZO CARNE en el seno de María.—Así María es como el *foco óptico* del Plan divino, en quien se cruzan y concentran todos los rayos que vienen del infinito sér, para dilatarse ó esplayarse en la humanidad.

Recordemos por fin lo que hemos esplicado en los comentarios de las magnificas oraciones de San Efrém, que las *humillaciones* del Verbo no nos revelan de esta manera los atributos de Dios, sino en cuanto tenemos *conciencia* de estas humillaciones, y que nada nos dá mayor *conciencia* de las humillaciones de Jesus, que las *grandezas* correspondientes de María. En efecto, lo que nos hace sentir que se ha hecho el mismo Dios en Jesucristo *Hijo de María*, es que María sea *Madre de Dios*, y que esta dignidad le valga los homenajes del cielo y de la tierra. De esta manera las grandezas de María vienen á ser como una *escala de proporcion* que nos sirve para medir cuál es el Hijo que le vale tales homenajes; á la manera que el Hijo nos sirve para medir cuál es el Padre.

Esto es lo que hemos tratado de esponer en los cuatro tomos de esta obra, que requería cien tomos, para aproximar-se un poco, para acercarnos algo á tan alto asunto.

Esto esplican los *cuarenta mil* volúmenes que le ha dedicado ya el pensamiento humano. Es el asunto mas inagotable y mas fecundo, y que mas ha ejercitado la inteligencia, santificada por el Cristianismo. No hay un ingenio cristiano que no se haya esplayado, elevado y descansado en él, como sobre las cimas solitarias de donde contempla el águila mas de cerca al sol. Esto es tan verdadero, que puede medirse históricamente la profundidad de la ciencia y la altura del genio entre los Doctores de la Iglesia, atendiendo al culto que han tributado á sus grandezas.

Así este culto es el culto de cada estado de inteligencia, tanto de los grandes talentos como de las gentes sencillas.

IV. En cuarto lugar, es el culto propio de cada estado de la conciencia, así del justo como del pecador.